



EMIL SAUER

célebre concertista de piano



LOS DOCE TRABAJOS DE UN REPORTER

¿DÓNDE ESTÁ JIMENEZ?

Durante seis días he buscado por todas partes á Valentí Camp y me ha sido imposible descubrirle.

El solo, con sus nobles filosofías, presta encanto á la vulgaridad de esta capital semiespañola, y él solo podría decirme lo que Unamuno calló ante los auditores de guerra.

Y yo quería únicamente verle para protestar contra ese ordenamiento de las cosas que ha hecho diputado á Junoy—el antipsicólogo—y que reserva á todo un Valentí las gemonías del cargo edilicio, la oscura cárcel en que ha vivido el infe-

rior espíritu de Moles. Quería hablarle también de Jiménez.

Porque Jiménez me preocupa en alto grado. Les conozco á todos, he meditado muchas veces en la función de esos hombres selectos que cuidan de mantener limpia la urbe; pero jamás he podido avistarme con Jiménez. La fatalidad lo impide. Ningún poeta me lo ha descrito y ni siquiera he leído su nombre en los frontispicios de oro de los palacios municipales.

Sin embargo, yo creo que este es el hombre del Destino. Este es el ignorado Unamuno de la reviviscencia patria. En su mente tienen cabida los más extraordinarios atrevimientos y todas las colosales empresas. Le juzgo poseedor del Secreto. Yo sé—lo sé como si lo hubiera soñado—que él no piensa más que en Barcelona. Hace mucho tiempo que concibió vastos proyectos: un enorme metropolitano que dará tres veces la vuelta á la ciudad, un grandioso hotel para albergar á los presidentes de las Repúblicas americanas, una Casa del Pueblo que llegará á las últimas capas de la atmósfera, y un alcantarillado soberbio, una cloaca máxima, que podremos atribuir á los romanos. Zahorí del porvenir, hará brotar agua al pie de los árboles y encontrará tesoros para premiar la lealtad de los electores. Bajo su honrada gestión administrativa, floreceremos todos como las lilas en los bellos días primaverales. La fraternidad reinará en las almas y en los comicios.

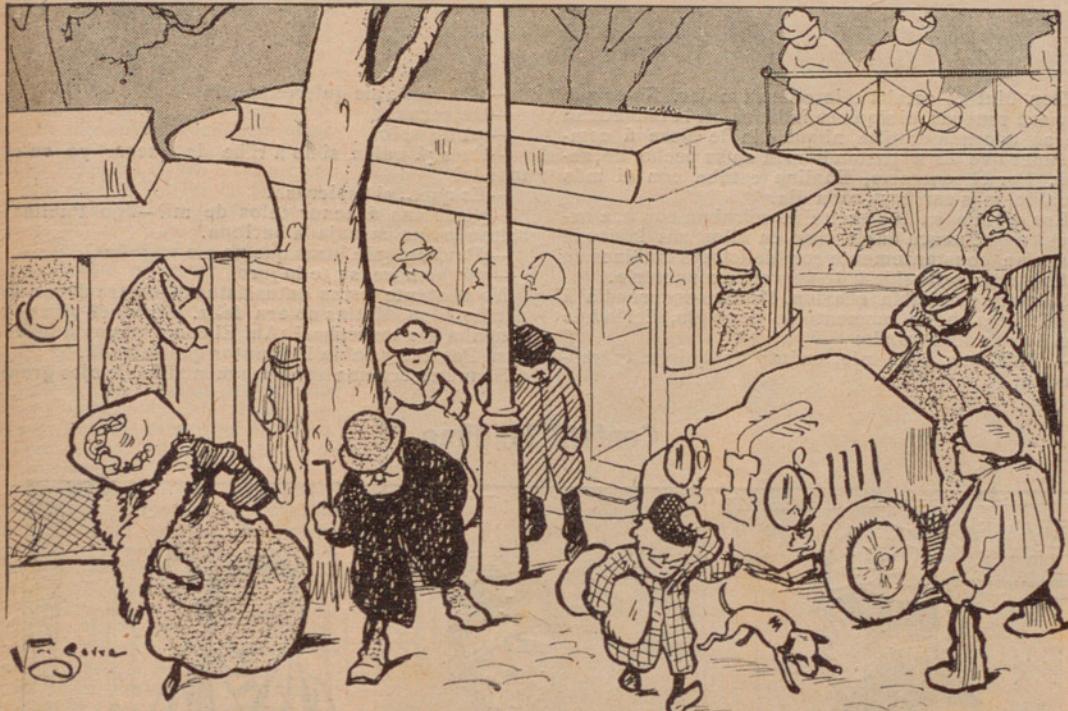
No necesito verle. No quiero saber dónde está Jiménez. ¿Es un personaje gordo y vulgar como Lerroux, ó un ágil romántico que anhela abreviar los días del Papa? ¿Cree sinceramente en la política hidráulica, ó está por el jaleo y la cuartelada precursora de los movimientos democráticos? ¿Piensa? ¿Vive? ¿Se llama realmente Jiménez?

¡Qué importa! Yo sospecho que en las amplias regiones de su cerebro se elaboran lentamente los misteriosos planes del futuro. Acaso este hombre, que no ha prometido nada, cumpla todas las promesas de los otros. Le tengo por un probo administrador de los demás y de sí mismo, y el Jiménez ideal á quien no he querido ver prevalece, en mi espíritu, sobre todos los Jiménez del orbe. Y aun cuando ocurriese lo contrario, ¿no valdría él solo más que el burgomaestre y todos los concejales juntos?

IDIEL.



¡Sálvese el que pueda!



Antes de que te decidas,
lector, á dar un paseo,

debes llamar al notario
y arreglar el testamento.

¡QUE NOS FUSILEN!

¡Dicho está! ¡Que nos fusilen,
pero que no nos embromen
más días con el conflicto
de las dos jurisdicciones!

Esto ya es insopportable
hasta para España, donde
soportamos muchas cosas
que apenas tienen soporte.

En la calle, en el café,
por el día, por la noche,
no nos preocupa otra cosa
á todos los españoles.
Señoras y caballeros,
acaudalados y pobres,
los que trabajan, los vagos
(aludo á los sacerdotes),
los que viven del cupón,
los que ayunan, los que comen,
los granujas, los honrados —
si aun honrados se conocen—
se preocupan del proyecto
y emiten sus opiniones
sobre si se aprobará
ó fracasará en las Cortes.

Pues ¿y la Prensa? Aburriendo
á sus pacientes lectores
con idénticas monsergas
y con las mismas canciones:
que si Luque no se achica,

que si el Gobierno se opone,
que si Gasset se convence,
que si cede Romanones,
que todo se va al diablo,
que todos están conformes...

Se gasta usted cinco céntimos
esperando que le informen
de que se ha armado la gorda
en cualquier parte del orbe
(pues ya que aquí no podemos
chillar, porque no hay pulmones,
siempre consuela saber
que en otras partes dan voces).
Pues, en vez de estas noticias,
hallará nuevos informes
del malhadado conflicto
de las dos jurisdicciones.

¡Adios, ratos que me daba
de recreo grato y noble
La Vanguardia por el día
y *El Liberal* por la noche!

En *La Vanguardia* no deja
el conflicto dos renglones
en los que pueda *Buscon*
acomodar sus recortes;
ni el grafómano Bertran,
que si no firma no come,
halla ocasión de lucir
su gramática y su nombre.

Y ¿*El Liberal*? Al conflicto
sus intereses pospone
y no dejá á Ventalló
que sus infundios coloquen.

Apruébese de una vez
cuanto el gran Luque propone;
que nos juzguen como quieran,
que al que rechiste le ahorquen,
que si es poco le fusilen
y, ya muerto, le destrocen;
que se amordace á la Prensa,
que se castiguen las voces,
los pensamientos, los guños,
los estornudos, las toses.
¿Que no podré escribir? Bueno;
mejor para los lectores.
¿Que me encarcelan? Mejor.
¿Que me fusilan? Conformes.

Todo, todo lo prefiero
á estas hecias discusiones,
porque el latoso conflicto
me tiene hasta los...

Señores,
¡qué disparate les iba
á soltar aquí! Perdonen,
porque me trae medio loco
lo de las jurisdicciones.

MANUEL GIL DE OTO.

EL CARBONERO

Don Matías estaba celoso de su mujer. No es que tuviera pruebas, ni siquiera indicios, de la infidelidad de su adorada costilla, ni que ella le diese á comprender que otra pasión hervía en su pecho; no, señor. Por el contrario, Paulina estaba con él más amable, más cariñosa cada dia.

Los ojos de su mujercita le miraban con una expresión que nunca había visto en ellos; sus labios le sonreían constantemente con deliciosos mohines de refinada voluptuosidad, de perversa coquetería.

Siempre que había ocasión, Paulina sorprendía á su Matías en un momento de descuido, diciéndole con acento desbordado:

—¡Vida mía, rico mío, cuánto te quiere tu mujercita!

—¿De veras mequieres mucho?

—De veras.

—A mí solo?

—Pues ¿á quién si no á ti he de querer yo en el mundo?

—Es que... si supieras...

—¿Pero vas á tener celos de mí? —dijo Paulina, soltando una carcajada burlona.

—¡Paulina! —Me juras que no me engañas?

—Sí, hombre, sí; te lo juro!

No obstante estas entusiastas demostraciones de cariño, don Matías no era feliz. ¿Por qué? ¿En qué fundaba sus sospechas? ¡Ah! El conocía muy á fondo á su Paulina y sabía los puntos que calzaba.

Su mujer era una andaluza menudita, de ojos gran-

Confetti legítimo



—¿Os ha atropellado algun automóvil?

—¡Ca, no, señor! Es que en casa de éste se nos acabó el *confetti* y empezamos á tirarnos cosas. Le digo á usted que nos divertimos mucho. ¡Fué una risa...!

des y ardientes, de rostro expresivo y pícaro. Su tez morena y sus labios encarnados y gruesos denotaban un temperamento ardiente, amante de todos los goces que proporciona el amor en sus deliciosas horas de esparcimiento.

Desde hacía un mes justo, Paulina no era la misma para con su marido. Estaba con él cariñosa, con ese cariño que tan bien saben fingir las mujeres cuando engañan al marido; pero sus besos eran fríos, forzados, olían a traicion.

Cuando don Matías se paraba a pensar en estas cosas se desesperaba, tirándose de los cabellos.

—¿Me engañará Paulina? ¿Será capaz de tal infamia?

Y en estos momentos de terrible chelosía la hubiera ahogado entre sus manos.

Luego venía la reflexión, y don Matías, más sereno, pensaba que aquellos celos podían ser infundados; y si lo eran, efectivamente, ¿cómo obtener el perdón de un corazón herido en sus más caros sentimientos?

Después de muchos días de sufrimientos horrorosos, don Matías decidió salir de aquella incertidumbre y saber de una vez si era un loco de atar ó un hombre que debía velar por su honor.

Desde hacía mucho tiempo don Matías estaba empleado en una casa de banca, desempeñando un puesto muy delicado que le obligaba a ser esclavo de su trabajo, y, debido a esta circunstancia, jamás se había dado el caso de que nuestro hombre faltase ni una tarde a su oficina. Su mujer, teniendo seguras aquellas horas, ¿no podía pasárlas en compañía de su amante?

Esta reflexión fué para el pobre marido un rayo de luz.

Un día, cuando acabó de comer, despidiéose de su esposa más cariñoso que de costumbre, diciéndola, mientras la daba un beso:

—Esta noche no vendré hasta las nueve ó las diez; tenemos un trabajo horroroso...

Y, preocupado en fraguar la venganza, caso de que sus sospechas fueran ciertas, se dirigió a la casa de banca.

Allá a las cinco ya no podía estar sentado. Levantábase a cada momento, paseando como un loco, gesticulando y hablando solo; al fin, no pudiendo resistir por más tiempo, pretextó una indisposición y salió, rápido como un automóvil de cien caballos.

Atravesando calles y plazas, tropezando con los transeúntes, siendo la burla de los chiquillos, que corrían tras él, llegó a su casa. Al llegar a la puerta del piso se detuvo; las sienes le ardían y el corazón parecía que iba a estallar dentro de su pecho.

Así, inmóvil, estuvo frente a la puerta más de cinco minutos. Al fin hizo un ademán decisivo, irguió la cabeza y sigilosamente, procurando no hacer ruido,

En Romea



El actor señor Borrás (don Jaime) en *La bona gent*.

abrió la puerta. Atravesó el comedor, llegó a la sala y allí paróse y escuchó. Primero percibió un ruido acompañado, como el de un mueble que crujie; luego gemidos ahogados... y después nada, silencio...

Don Matías se adelantó algunos pasos, descorrió una cortina y se presentó de un salto en mitad de la alcoba.

Paulina dió un grito agudísimo y echó a llorar.
—¡Intame, pérfid! —dijo el esposo, fuera de sí—; ¿así manchas mi honor?

Entonces don Matías vió la cabeza enorme de un hombre, que decía con voz compungida:

—No, señorito, no he manchado nada; me he lavado antes de acostarme.

—¡El carbonero! —exclamó don Matías, como si le hubieran clavado una flecha en el corazón.

Y cayó desmayado.

J. PASTOR RUBIRA.

DEFINICIONES

Apuntes para un Diccionario manual y con erratas, como todos los que ahora se publican

(Conclusion)

Carlota. —Animal carnívoro solo conocido en España. Los naturalistas han tratado inútilmente

de buscar el verdadero origen de esta terrible alimaña; se comprende que sus afanas búsquedas

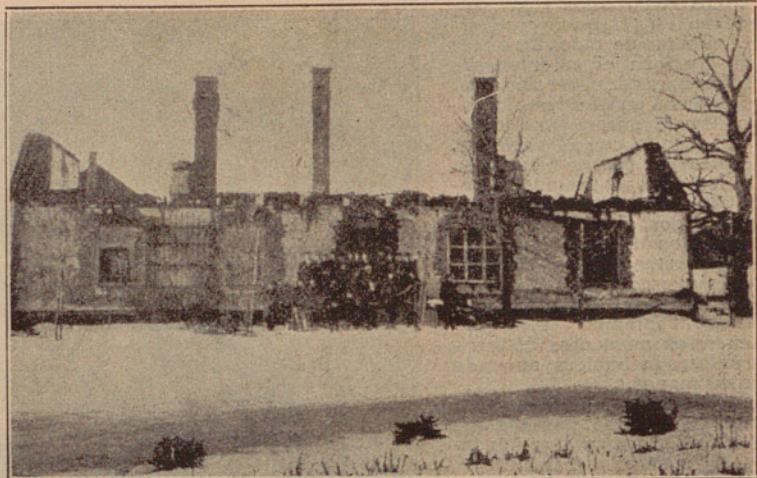
EN LAS PROVINCIAS RUSAS DEL BALTICO

hayan resultado infructuosas, porque hay cosas que no tienen explicación posible. A falta de noticias ciertas, ha sido necesario recurrir á las hipótesis; de las muchas emitidas parece la más fundada la que considera al carlista ó carca, que de ambos modos se le llama á este animal, como un producto híbrido resultado de la unión de la lechuza y la hiena. Esta afirmación es cuando menos muy verosímil, pues las características del carlista son las mismas que las de los otros dos animales; como la lechuza, ama la oscuridad y gusta de anidar en las iglesias; á la hiena se asemeja el carca en su afición á la sangre.

Hubo un tiempo en que esta dañina especie abundaba mucho en España, especialmente en las regiones montañosas; hoy quedan pocos ejemplares y los más son mansos. *Carlistas ó trastos viejos, poeos y lejos;* refran muy cuerdo y que de haber sido puesto en práctica oportunamente nos hubiera ahorrado mucha sangre y algunos millones.

Cura. Véase *Parásito.*

Ladron.—Palabra que debe desaparecer del *Diccionario*, al mismo tiempo que el verbo robar, no porque en España no haya robos ni ladrones, sino porque para no ofender á los interesados, que son gente de influencia, se han inventado otros vocablos que no dañan el oído. Nosotros aprobamos la reforma, gracias á la cual se enriquece el léxico con igual facilidad que los ladrones. Gracias á la reforma de que hablamos con elogio se ha conseguido el milagro, que parecía imposible, de que hayan desaparecido en apariencia los ladrones en España. Veamos cómo: Que un concejal, un administrador, un vista de Aduanas, etc., etc., meten por descuido la mano en los fondos que manejan, y por descuido también se llevan á casa algo; pues á nadie se le ocurrirá decir que el distraído sujeto es un ladrón; nombre breve y malsonante; ó



Ruinas del castillo del baron de Sievers.



La division Orlof se prepara á bombardear Kemershof (Curlandia).



En Kokenhusen (Curlandia).—Después del combate.

Cosas del Ayuntamiento.

no se dirá nada (esto es lo más corriente) ó cuando más se insinuará tímidamente en voz baja que *ha hecho un negocio sucio, que tiene las uñas largas*. Lo importante es emplear un delicado eufemismo que no moleste. Sólo en un caso, y por excepción, puede llamarse ladrón con todas sus letras á un hombre: cuando roba poco y se deja coger, dos tonterías que prueban de un modo claro que el delincuente es un mentecato indigno de que se le guarden consideraciones de ninguna clase. Los que roban de este modo son los únicos también que suelen ir á la cárcel. Ténganse en cuenta estas aclaraciones para comprender la definición que más adelante daremos de la palabra *Presidiario*.

Libertad, Palabra hueca que ha llevado á muchos tontos á dejarse romper la crisma creyendo prestaban un servicio á la humanidad. *Libertad de imprenta*: derecho de escribir y publicar cuanto sea del gusto del que manda. *Libertad de conciencia*: derecho de adoptar las creencias religiosas que se crean mejores, sin perjuicio de *aflojar la mosca* para sostener la religión que les parece mejor á los que manejan el cotarro. En España, por ejemplo, se puede ser protestante, mahometano ó lo que se quiera, siempre que no se le diga á nadie que se ayude á mantener á los zánganos (vulgo curas) de la religión católica; es decir, que no se obliga á creer, sino á pagar. *Libertad de palabra*: derecho de hablar cuánto, cómo y de lo que se quiera. Esta libertad está un poco limitada por otra que se reserva el Gobierno para meter en la cárcel al que no le da gusto al hablar.

Ganapan. El que trabaja como un burro para otro; es decir, que gana el pan, pero no lo come.

Parásito. (Véase *Vago*.)



Ninguno como nosotros
imitó á Antón Perullero:
Nosotros nos lo guisamos,
nosotros nos lo comemos...

Policía. Una de las muchas instituciones inútiles de las naciones civilizadas. El verdadero fin de la policía es perseguir á los malhechores; pero como esto daría mucho trabajo, porque el ramo es grande, la policía prefiere molestar á los ciudadanos honrados. El buen policía siente horror invencible por los dinamiteros y preparadores de bombas, gentes á las que no pueden ver; en Barcelona, cuando menos, no se ha dado el caso de que un policía haya visto á un solo dinamitero.

Presidiario. Delincuente tonto.

Vago. (Véase *Zángano*.)

Zángano. (Véase *Cura*.) (1)

J. DE ARAGON.

(1) Por si alguno extraña este modo de definir echando al lector de un lado á otro, como si fuese pretendiente de destino, nos apresuramos á decir que hemos copiado fielmente el sistema del *Diccionario de la Academia*.

LAS SACRISTÍAS

I.

Sacristía de catedral.

El mundo eclesiástico, caro lector, es tan vasto, encierra tantos misterios, contiene pliegues tan reconditos que no es posible jamás llevar la luz á todos sus antros, ni poner de manifiesto todos sus rincones. Los mismos curas no pueden jactarse de conocerlo á fondo; viven en él como los peces en los mares; pero desconocen sus fondos, sus grutas oculatas, sus corrientes subterráneas, sus lóbregas cavernas.

Por tanto, para rastrear algo de lo que el clericalismo encierra en su seno el observador tiene que adoptar un método analítico, subiendo de lo pequeño y particular á lo grande y general. Echemos hoy una mirada á las sacristías.

Las sacristías son en la Iglesia una cosa parecida

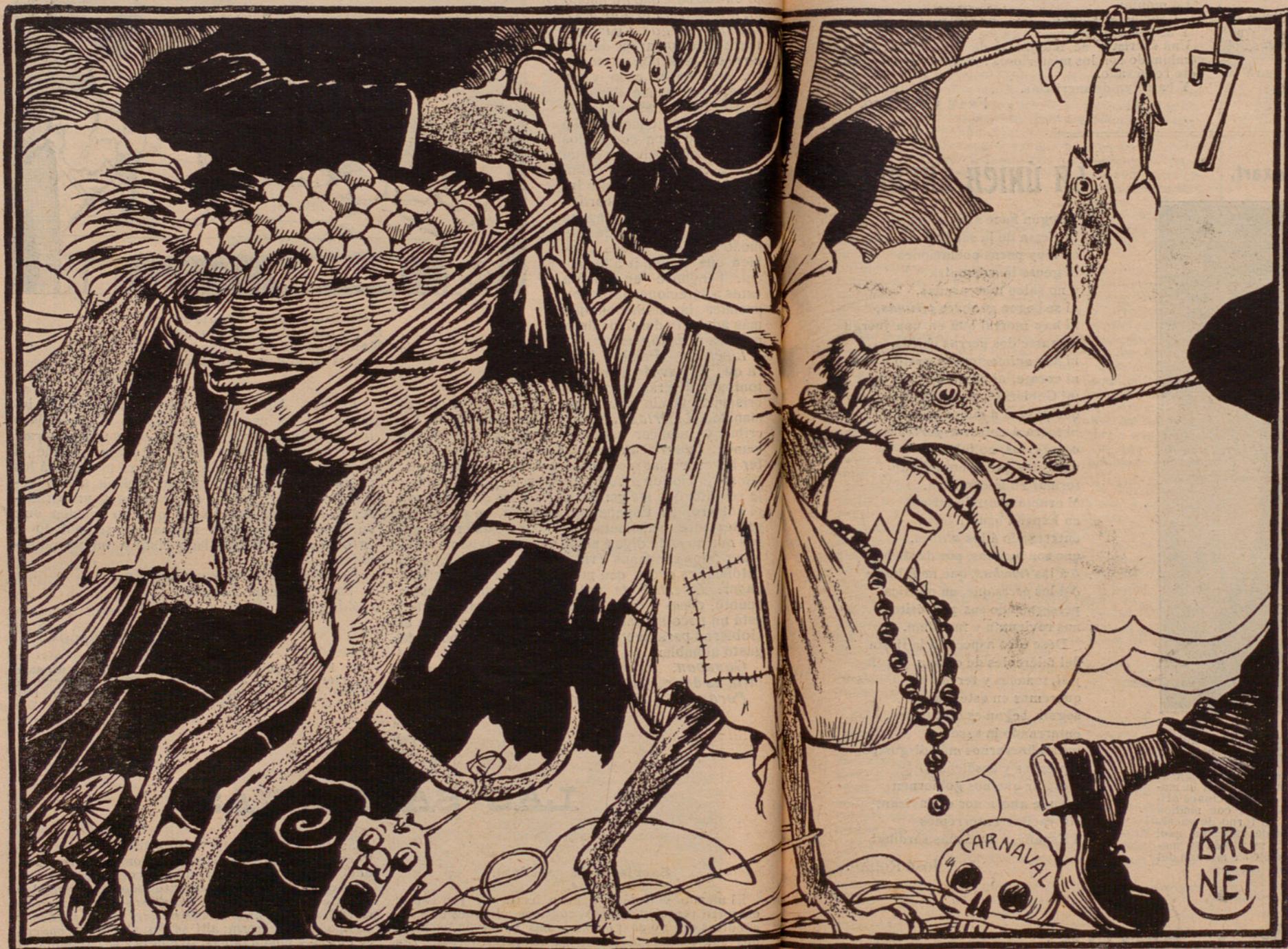
á las salas de tertulia de Casinos y Ateneos, á las Redacciones de periódicos, al salón de conferencias del Congreso y á los cotarras de comedores.

En ellas se comenta y discute todo, en especial lo que afecta á los intereses religiosos; allí se forma y cristaliza la crónica chismosa que luego invade el campo de la beatería; allí se absuelve y se condena, se quitan y ponen famas, se elogia y se calumnia, etcétera.

Siendo tantas las sacristías cuantos son los templos, capillas y oratorios, pudieran clasificarse en ciertas clases determinadas; por ahora fijémonos sólo en tres: la de catedral, la de parroquia y la de convento.

Las sacristías de catedral suelen ser espaciosas, bien iluminadas, de cierto mérito artístico, contienen objetos de valor y ricos ornamentos. Se distinguen por el ruido y bullicio que en ellas hay, sobre todo por las mañanas, por la suciedad de su suelo y

Entrada triunfal de Cuaresma



Ayunos, abstinencias, privaciones
la Iglesia nos ordena.

por la atmósfera irrespirable de humo de tabaco. Los canónigos suelen agruparse á un lado para charlar, los beneficiados á otro, con ese hermoso espíritu de cristiana igualdad que tiene la Iglesia que separa hasta á las mesas. Si entrais allí á pre-

guntar algo nadie os hará caso; menudean los golpes secos de abrir y cerrar cajones, las palabrotas de los sacristanes, las risotadas de los cantores y los chillidos femeniles de los niños de coro. La conversación dominante en las sacristías de catedral es

Quigalen dos ó tres millones
y... la Cuaresma, Nochebuena!

hablar mal del obispo y de la monarquía, del alza y baja de los fondos públicos y de las revelaciones escandalosas del periódico tal ó cual.

Entre las mismas sacristías de catedral existen notables diferencias, según las regiones; la de Sevi-

lla no se parece en nada á la de Toledo, ni ésta ni la de Madrid á la de Barcelona; la región, con sus costumbres y carácter peculiar, se impone al conjunto heterogéneo de canónigos que pertenecen á diversas provincias. Entre la sacristía de la catedral de Gerona y la de Córdoba, por ejemplo, existe un abismo. Tiene cada una su fisonomía. En suma: una sacristía de catedral es algo así como una mezcla de garito, de salóncillo de teatro y de trastienda de casa de préstamos.

II

Sacristía de parroquia.

Algo parecida, aunque en menor escala, á la de la catedral; también se nota en ella bastante ruido y movimiento. Corren allí vientos más democráticos y los curas fraternizan más, olvidando sus cargos y categorías. No suelen ser muy limpias y carecen de valor como obras de arte, pues cuadros, imágenes y ornamentación son de lo más feo y chabacano que existe. Por el suelo hay muchas salivas, puntas de cigarro y trozos de papel. A través del incienso y olor á cera se percibe siempre un tufllo á urinario que tumba de espaldas.

Entre los ornamentos y misales asoman la oreja algunos periódicos de diversas tendencias y colores. Los monaguillos se arrean patadas cada cinco minutos y entran y salen como torbellinos. Las conversaciones que allí reinan son de mujeres, de juego, del párroco, de la penitenta A ó de la feligresa B. Es sitio donde entran y salen muchos laicos que meten baza en las conversaciones y brujulean por allí como en su casa. Las bodas, bautizos, viáticos y funerales les prestan cierta atractiva variedad. Los devotos suelen ser bien recibidos, sobre todo si van á dejar dinero; á los jesuitas y frailes se les despelleja sin piedad, y al predicador de moda en la parroquia le ponen que no hay por donde cogerle. Es el sitio donde se puede hacer de los curas un estudio más aproximado á la verdad, pues allí se manifiestan sin antifaz y como son.

Una sacristía de parroquia se aproxima mucho á una casa de comidas barata ó á las tertulias que hacen las criadas en las tiendas de ultramarinos. Todo lo que allí se trama suele ser inofensivo.

III

Sacristía de convento.

Muy pequeña, con paredes muy blancas y las ventanas cuidadosamente cubiertas con cortinas de percal encarnado. Se observa en ellas una limpieza exagerada y siempre huelen á humedad. Predominan las flores de trapo y las imágenes del niño Jesús; reina en ellas un silencio absoluto, que solo interrumpe el tic-tac de un antiguo reloj de caja y los chirridos del torno de las monjas al girar. El sacristán anda de puntillas

y el capellán dormita en amplio sillón de cuero. Allí no se fuma jamás, ni se toleran tertulias. Los ornamentos huelen á romero y á membrillo y se doblan y despliegan con cuidado exquisito. De vez en cuando entra una beata que cuchichea en voz muy baja

con el sacristán; no suele haber más que dos monaguillos, que se miran haciendo burla y muñecas. Los días de toma de hábito y de profesión se interrumpe aquella calma y paz, pero por breve rato, pues el bullicio se traslada al locutorio.

La conversación invariable de todos los días es esta:

(A las seis de la mañana.) La monja detrás del torno:

—¡Alabado sea Dios! Ahí está el *recaudo* para la misa.

El sacristán:

—Gracias, hermana.

(A las diez de la mañana.) El sacristán dando un golpecito en el torno:

—¡Alabado sea Dios! Ahí está el *recaudo* de la misa.

La monja:

—Gracias, hermano.

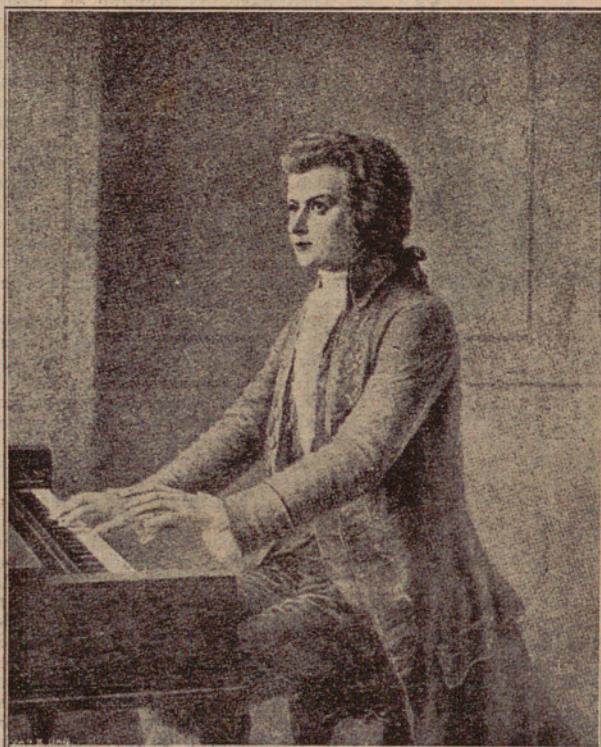
Y así todo el año.

Una sacristía de monjas tiene algo de sepulcro combinado con los misteriosos arrullos de un gabinete reservado.

Y basta ya de sacristías.

FRAY GERUNDIO.

Wolfgang Amadeo Mozart.



Los principales centros musicales del extranjero han celebrado dignamente el 150 aniversario del nacimiento del autor de *Don Giovanni* o *Il Flauto mágico*, acontecimiento que ha pasado inadvertido en Barcelona, no tributándose el debido homenaje al músico inmortal. Dejó más de sesientas composiciones, la mayoría de ellas llenas de delicadas melodías y de invenciones originales. En el último acto del *Don Giovanni* llegó con medios sencillos á una honda expresión dramática. En torno de su *Requiem* creóse una leyenda misteriosa, hoy día desvanecida, que, según parece, precipitó la muerte de Mozart. El mérito de su música *da camera*, excede á toda ponderación. La última morada del malogrado compositor fué la fosa común.

LA ÚNICA SARDINA

Según hace años observo,
la fiesta de la sardina
en muy pocas poblaciones
la gente la solemniza
y no salen mascaradas,
ni se cogen grandes *pítimas*,
ni hay mortal que en una juerga
se gaste dos perras chicas,
ni hay animacion, ni gusto,
ni coraje, ni alegría,
¡ni Gobierno!, porque dicen
que pasará á mejor vida...
Si fuera á enterrar *percebes*
ó *cóngrios*, no faltarían
mortales que pretendieran
formar en la comitiva.
Y exactamente lo mismo
en España ocurriría,
enterrando á los *atunes*,
que son muchos, por desdicha,
ó á las *truchas*, que no faltan,
ó á los *peces* que, en política,
persiguiendo sus propósitos
nos revientan y fastidian.

Dése otro aspecto á la fiesta
del miércoles de ceniza
y si, tenaces y tercos,
queremos en este día
seguir, según es costumbre,
enterrando la sardina,
para ahorrarnos más disgustos
y pesares y desdichas
y evitar que nos gobiernen
los que ahora nos esclavizan,
sin vacilar enterremos
á España... ¡Qué más sardina!

JOSÉ RODAO.

MUJER Y BESTIA

Teresa había nacido para la maldad. Si al nacer hubiera tenido dientes, habría pagado con un mordisco el primer beso maternal. Jamás tuvo caricias para sus muñecas. Empezaba siempre por donde todas las niñas terminan; esto es, por destriparlas. Había en su alma instintos criminales. En una ocasión quiso hacerle á un pequeño gato lo que impunemente venía realizando con sus juguetes; pero el animalito, al sentirse herido en el vientre por una tijera,

clavó sus dientes en la mano de Teresa, haciéndola llorar. Desde aquel día tuvo aquella niña conocimiento de que existía la defensa propia y al primer castigo recibido de sus padres alzó la mano en rebeldía, exclamando:

—¡Me defiendo como el gato!

A los doce años hubo de encontrarse con dos mendigos, ciego el uno, alcoholista el otro. Los dos tenían sus diestras en solicitud de la limosna. Sobre la

palma de la mano del ciego cayó una moneda de diez céntimos. Teresa, veloz como el pensamiento, le quitó la limosna al ciego y se la dió al otro.

—¿Por qué has hecho esa mala acción, niña? —preguntó el mendigo favorecido, mientras restituía la moneda á su dueño acallaba las protestas de la víctima de aquél hurto.

—No lo sé... por gusto; pero eres un tonto! —respondió Teresa, alejándose.

Llegó Teresa llena de hermosura á la edad de los amores. Era un buen ejemplar de mujer provocativa. Tuvo enseguida muchos que la enamorase. Para todos tenía los recuerdos de su infancia y les decía con una sinceridad que ellos tomaban por rasgos graciosísimos de una criatura encantadora:

—Todos ustedes son como mis amigas de infancia. Me quieren como ellas querían á sus muñecas: para amarlas un día y destriparlas veinticuatro horas después. Y yo soy como los gatos, porque sé defenderme.

Y mientras evocaba los episodios de su niñez, instintivamente registrábase la diestra para descubrir sobre la piel transparente y sonrosada las huellas de los dientes del felino.

Sin embargo, había entre los mancebos que requeían de amores á Teresa uno que ella distinguía á su manera, no por su arrogante figura, ni por el gragejo é ingenio de su palabra, sino precisamente por todo lo contrario; porque era vulgar en su aspecto y áspero en su trato. Teresa no concebía al hombre sociable, afectuoso, tierno en los amores. Para ella, lo varonil estaba en lo que el hombre pudiera tener de bestia. Rogelio—que así se llamaba el preferido—se acercaba bastante al tipo del hombre concebido por Teresa. La amaba, pero no se lo había dicho claramente. No sabía hablar de amores; pero sí supo una vez clavar sus dientes en sus labios hasta brotarle sangre en momentos en que Teresa besaba el bouquet que recibía de manos de uno de sus admiradores.

Aquel beso era ternura impropia de Teresa. Fue una provocación á Rogelio. Besó una rosa y produjo sangre á Rogelio. No aspiraba á tanto. Pretendía molestarle y consiguió herirle. Las gotas de sangre, bruscamente recogidas por Rogelio en su pañuelo, delataban su pasión en forma brutal. Ella, aparentó no haber visto nada. Rogelio tampoco tuvo intención de que lo descubriesen rabiando en celos.

Rogelio, al despedirse aquella noche de Teresa, estrechó tan brutalmente entre sus dedos callosos, ásperos como escofinas y duros como el acero, la mano suave que se le extendía, que hubo de arrancarle una exclamación de dolor.

—¡Soy el felino que se defiende! —repuso Rogelio, evocando con sus celos el recuerdo del episodio tan conocido de la niñez de Teresa.

Las rosas de aquella noche se marchitaron y de los halagos de la velada no guardó Teresa más que el recuerdo de los celos de Rogelio, al que juzgó primero como un bestia, después como un celoso disculpable y por fin como un hombre más hombre que los otros, al que tenía que unir en el recuerdo de sus dolores al felino de su infancia. Este era su tipo. Así comprendía al hombre, y en realidad, si ella no le amaba, porque el amor es todo ternura y ella no era capaz de concebirla sino en otros para ridiculizarla, ella se sintió resueltamente atraída hacia el brusco Rogelio.

En otra ocasión en que Rogelio y Teresa se encontraron, ella abordó el problema.

—Aun me duele la mano, Rogelio. No sé si debo dársela hoy y no se la doy hasta que me diga si tiene alguna queja de mi amistad.

—Ninguna reciente; pero ya que así me habías oye mi franca respuesta: si me das ahora la mano, que sea para hacerte mi esposa; si no es así... no me la extiendas.

—¡Tómala para siempre y no la malträtes!

Si penetráramos en el pensamiento de ambos, diríamos que ella encontró, en esta vez, demasiado suave la diestra de Rogelio, como si sus callosidades de obrero hubieran sido cepilladas, y él notó que la

¿ESTÁ FRESCA?

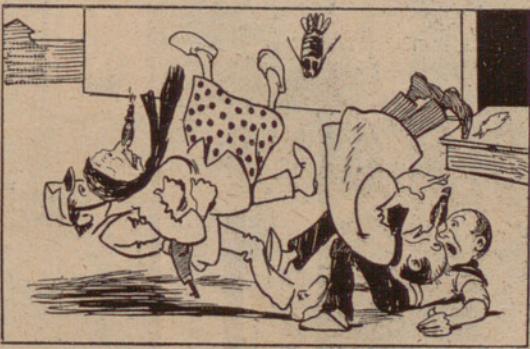
(Historieta muda.)



(1)



(2)



(3)



(4)

diestra de Teresa era fría y fuerte como el tornillo de su banco de carpintero.

Al mes de haber contraído matrimonio Teresa y Rogelio, ella escribía á una mala amiga residente en uno de los barrios *perdidos* de la ciudad la siguiente carta:

"Mi interesante consejera: Estoy hastiada. Los hombres son todos perfectamente ridículos. Creí a Rogelio una excepción y lamento el error. Bien me lo decías tú en secreto en nuestros ratos de charla callejera. Rogelio es un niño cándido cuando se queda á solas conmigo. Suspira, llora, besa, como si no fuera aquel mismo que en un apretón de manos me hizo exhalar un quejido. Me siento engañada y casi me inclino á la venganza. No es que yo haya soñado para mí una existencia de mordiscos de gatos y estrujones de encallecido y muscularo obrero. El engaño consiste en que no creí á Rogelio, después de suponerle más hombre que los otros, capaz de echarse, acobardado, á mis pies, como perrazo de Terranova, vencido por cualquier caricia que responde á las funciones mecánicas de un organismo de mujer simple.

Si lo vieras no le conocerías. Aquel que parece un leño en la calle es una madeja de seda en casa. Yo creo que en el taller se barniza las manos para dármeles sin asperezas de jornalero. Creo más: creo que cuida de sus labios como yo en mis naturales coqueterías cuido de los míos. Le beso, me abraza y no siento al Rogelio de antes. Este Rogelio es una almohada de plumas de cisne. ¡Y si le oyeras en sus intimas tertulias conmigo! ¡Qué pueril, qué tonto! ¡Cuántas palabras ridículas en un hombre tan grande, tan fuerte y tan aparentemente varonil! Me habla al oído cuando nadie nos oye, para decirme que me quiere. Las lágrimas que saltan de mis ojos por un eterno bostejar, que á otro menos bruto le dirían que estoy hastiada, las toma con sus labios, las saborea y se las traga. ¡Tonto y puerco!

Estoy desesperada. ¡Cuánto necesito de tus visitas! Ven á verme cuando él no esté, porque como

dice que tú eres una perdida, puede que no te viera con buenos ojos en esta casa.

Te abraza y envídiala tu libertad,

Teresa."

Han transcurrido ocho meses desde la fecha de la fatal unión de Teresa y Rogelio. Sorprendamos una escena conyugal.

—¿Por qué tu desvío, Teresa? ¿Te falta cariño?

—No; me sobras tú. Maltrátame, si es tu gusto; pero te odio con toda mi alma, Rogelio.

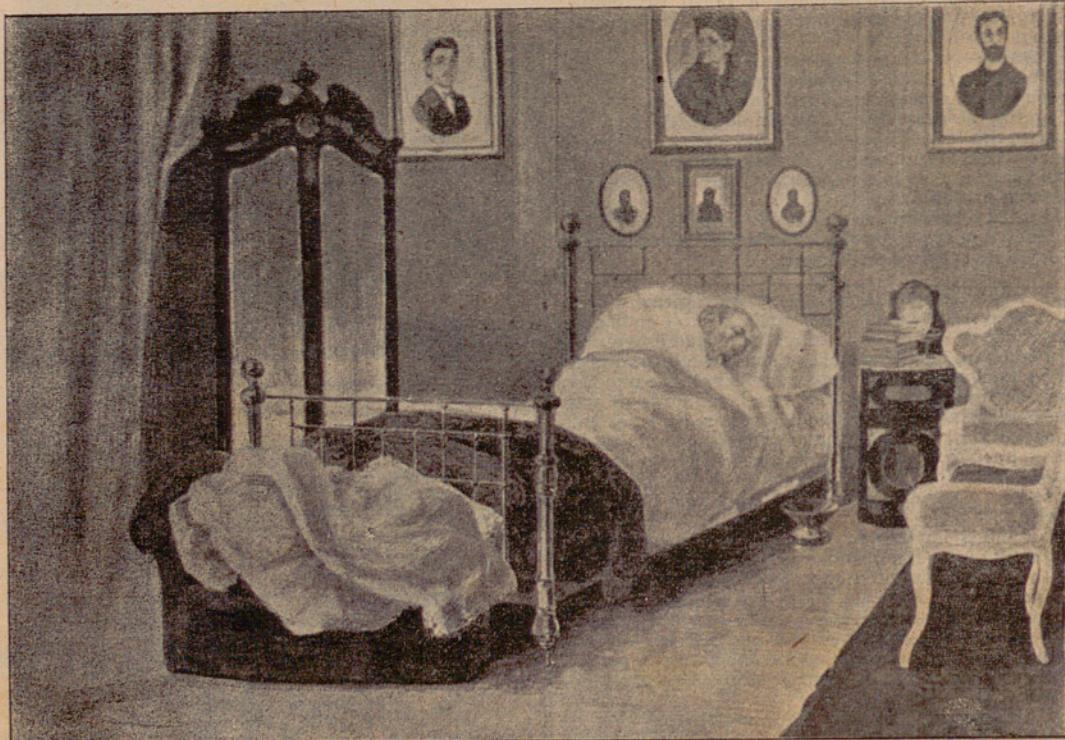
—No te creo. Rarezas de tu estado que, al cabo, Dios premiará con el dulce fruto de nuestra unión.

—La Naturaleza contraría la voluntad. Voy á ser madre sin quererlo. Este hijo será el fruto del amor tuyó; pero no mío. Nace sin mi consentimiento. Quiero que nada me esclavice; ni tú, que eres ridículo como todos, ni mi hijo, que es la segunda vuelta dada á la hermosa llave de nuestra libertad.

—Creería que eras la mujer más perversa, si no te creyeras enloquecida. Quiero oírte de una vez halándome de tus aspiraciones. Habla sin miedo, que respetaré en tí al hijo mío que llevas en tus entrañas.

—¡Oh, no te temo! Me interrogas y vas á oírmelas. Pega y pega fuerte después; pero vas á leer mi alma. Quiero ser libre. Nací para reírme de los afectos. Concibo, desde la amistad hasta el amor de madre, todos los caríños. Todos los veo pasar por mi alma y la hieren como tú supistes herirla; pero no dejan huellas, como no las dejan las naves al surcar los mares. En cambio, me divierte causar víctimas. Me gustaría ser deseada como las rosas, pero con espinas hasta en las hojas. Quiero que sangre quien me bese. Y anhelo, aunque te parezca mentira, sentirme dominada; pero por mí misma, no por nadie. Ya lo he probado en tu ausencia. Cuando mi espíritu quiere reposo yo se lo proporciono. Ahogo en alcohol, que no paladeo, mis luchas internas. Rendirme así es una victoria...

—Voy sintiendo deseos de maldecirte—replicó Rogelio.



El gran estadista y preclaro escritor argentino don Bartolomé Mitre en su lecho de muerte

—Lo esperaba y así quiero verte. Maldícame y pégame. Te quise por bruto; hoy te detesto, pero no me disgustaría tu indignación. Oyeme algo más. Sé que no quepo con mis sentimientos dentro del mundo de ustedes; pero yo sé mi ruta. Iré á donde me amen por minutos y me desprecien por horas. Yo voy á ser una estrella sobre las aguas turbias del pantano. No quepo en otra parte.

—Estoy indeciso entre estrangularte ó huir de tí... ¡miserable!

—Ni lo uno, ni lo otro. Aquí, en mis entrañas, hay algo que te pertenece. No te lo disputo. Mi vida es la suya. Tu hijo ampara mis atrevimientos. Para algo había de servirme. No temas, por hoy al menos, á mis planes futuros. Quiero entregarte el fruto de tus cursilerías.

Aquella fué la segunda noche que Rogelio derramó sangre de sus labios.

Los meses han transcurrido. Teresa había cumplido su programa. Era una más en los arrabales del vicio. Rogelio acababa de construir con sus manos la pequeña caja en que iba á encerrar para siempre los restos de su hija, muerta á los tres meses de nacida, sin que la infame autora de sus días cerrara con un beso de amor y arrepentimiento sus tiernos labios.

—Y bien, ¿qué te dijo ella? —preguntó á un amigo que llegaba de la calle.

—Por Dios, Rogelio, no te desesperes, ni pregunes. Llórala tú, que las lágrimas de Teresa ulcerarían el cuerpo de tu hija.

—Hija de mi alma, pide al cielo piedad para mí!

Al siguiente día la Prensa publicaba estas noticias:

Horrible drama. — Hoy ingresó en la cárcel un obrero, llamado Rogelio N..., que merece la piedad de los hombres.

Dirigiéase hacia el Cementerio conduciendo los restos de su hija, cuando distinguió á la que fué madre de su tierna niña saliendo de una taberna entre hombres y mujeres de vida alegre.

Se tiró del carro, se abrió paso á la fuerza, arrastró á su mujer hasta la modesta caja de roble que encerraba el cadáver de la hija de ambos, y como la mala madre, ebria de la última orgía, lanzase una carcajada que heló á todos de espanto, Rogelio le asestó un golpe fiero, uno solo, con la tapa que había levantado del sarcófago, dejándola agonizante sobre la carretera.

Rogelio fué detenido al regresar del Cementerio y al bajarse del carro en el lugar donde había herido á Teresa.

—¡Yo la maté! ¡Qué peso tan enorme se me ha quitado del alma! ¡Al fin he conseguido que la madre vaya detrás de su hija!

EDUARDO VARELA ZEQUEIRA.



No ha sido el de Venecia precisamente el que aquí en Barcelona hemos tenido. Un Carnaval ha sido muy inocente, un Carnaval patoso, tonto, aburrido.

¡Naturalmente!

¡Si hay cosas que no pueden ser de otro modo, que suceder no pueden de otra manera! Había de ser de fijo tonto del todo; ¡eso lo adivinaba pronto cualquiera! No podemos librarnos ya de este sino; humor para bromitas hoy nadie tiene, tan mal humor tenemos que no adivino cómo nos deja sueltos andar la Higiene. De un Carnaval como éste yo no me acuerdo.

¡Qué mal humor teníamos todos, señores! Y el Carnaval, por eso, como recuerdo, le dejará á unos cuantos, malos humores.

Unamuno ha dicho, hablando de la Prensa, que jamás la solicitó, que su lectura nada le importa y que nunca mendigaría sus favores.

¡Qué bien empleado les está á los que, por hinchar el perro, han llamado pensamientos profundos á las vulgaridades más grandes, sabio al más hueco de nuestros catedráticos y original al más vulgar de nuestros excéntricos!

Quien da pan á perro ajeno...

Y crean ustedes que Unamuno es de lo más ajeno que se conoce.

Suele ser una traducción permanente.

Que, además, no paga derechos.

RAREZAS

Cierta viuda no tuvo más deslices que introducirse el dedo en las narices; otra viuda en Logroño con ambas manos se rasca el moño; y otra, joven y bella, en Alcaudete se extasiaba tocando el clarinete.

Es la pura verdad, no caben dudas, siquieres ver rarezas, busca viudas.

Acerca de la crisis obrera en Sevilla dice *La Epoca*:

“El jornal que gane cada hombre, de tres en tres días, podrá ser de dos pesetas.”

¡Cerca de sesenta y siete céntimos diarios!

Aturdido me deja

ver que aun hay quien se queja
del estado en que se halla Andalucía.

¡Allá sobra el dinero!

No hay más que ver que gana un simple obrero
trece perras y media cada día.

Un presbítero granadino ha dicho en el púlpito que el pueblo español para tener pan necesita mucho catolicismo.

No estamos conformes.

Pruebe el presbítero á cambiar catecismos por pan y verá cómo no le resulta el negocio.

Porque aquí, como el cura, el panadero sólo cambia productos por dinero.

Según *Diario Universal*, los señores Moret y Romanones son los políticos que más muestras de amor han dado á la Prensa.

¡Y las están dando!

Hasta el punto de justificar aquello de “quiero bien te quiera, llorar te hará”.

Ha muerto Caballero.

Quizás sería el único que quedaba.

Ustedes saben que Bastardas y Layret son pasantes de Vidal y Valls?

Y ustedes saben que Bastardas y Layret son los presidentes respectivos de las Comisiones de Fomento y Hacienda?

Y ustedes saben que la mar de veces los informes de estas Comisiones se encargan á Vidal y Valls?

Y ustedes saben...?

Usté ha reparao mal;
esto no es elemental.

No, señor

No, señor

No, señor,

que es ¡¡¡superior!!!

El teatro Cómico ha variado nuevamente de Empresa.

Allí entran empresarios nuevos cada quince días.

Y lo notable del caso es que cuando entran van tan contentos.

Y cuando salen van como muertos

Lo mismo que pasaba en el huerto del Francés.



Monumento erigido en Neuilly á los aeronautas franceses del sitio de París.

En pocos días han robado á unas monjas, á un escolapio y á un hermano de San Juan de Dios.

Todos los rateros han sido detenidos y están presos.

Y luego dice el refran "que el que roba á un ladron tiene cien años de perdón".

Il Piccolo de Trieste da los siguientes detalles de la vida de monseñor Merry del Val.

"Ningun comedor de soberano iguala en lujo al de este purpurado. Las comidas, á que frecuentemente son invitados embajadores, cardenales y príncipes soberanos, son tan suntuosas que superan á los históricos banquetes de los Borgias. El jefe de cocina de S. E. recibe un estipendio anual de treinta mil liras. Los convidados fuman cigarros fabricados por encargo especial en la Habana, con el retrato de monseñor, y llegan á Roma encerrado cada uno en un sútil estuche de vidrio que los conserva secos y perfumados."

No me parece mal
la vida que se da Merry del Val;
por eso se asegura, con razon,
que el hombre debe amar la religion.

Dice el señor Moret que la situación es muy fuerte.

Pues por eso se me antoja
que se halla España tan floja.

Se han admirado muchas personas al saber que Unamuno no usa nunca capa, ni gabán, ni prenda alguna de abrigo.

A nosotros no nos extraña la cosa.
¿No es este señor *un maestro*? ...

Más cosas de españoles y de España.
A Jiménez Campaña,
que es un padre escolapio timorato
y en sus ratos perdidos literato,
le han robado unos pícaros maletas
alhajas y millares de pesetas.
Señor, ¿en dónde acaba y dónde empieza,
ese fraileluno voto de pobreza?

En el cartel del teatro Principal se anuncia esto con grandes caracteres rojos: "Misa solemne."

Cuando nosotros veíamos en palcos y butacas tantos curas y en el escenario tantas procesiones y milagros estábamos seguros de que allí se acabaría por decir misa.

¡Sigue sus trabajos
loco, Maristany!
¡A los liberales
hay que fusionar!
A unos les ofrece,
á algunos les da,
á otros los alienta...
y vienen y van
los vivos que siempre
se cuelan allá
donde creen que algo
pueden encontrar.
Y por qué trabaja
tanto Maristany
si al fin y á la postre,
si llegan á dar
alguna cartera
de seguro hará
valer sus derechos
con tesón y afan
el canalejista
Roig y Bergadá?

Pero ¿y si resulta,
después de esperar,
que el uno y el otro
se quedan sin ná? ..



CHARADAS

(De Adolfo Iglesias H.)

Letra que es muy extranjera
mi primera
invertida, flor que abunda
mi segunda
y es nota que ve cualquiera
mi tercera,
y sin que te dé quimera
hallarás en conclusión
cierto nombre de varon
en primera dos tercera.

(De Francisco Masjuan Prats)

Voy prima dos todo
mi querida Marta
cuarta tres, segunda,
tres segunda cuarta.

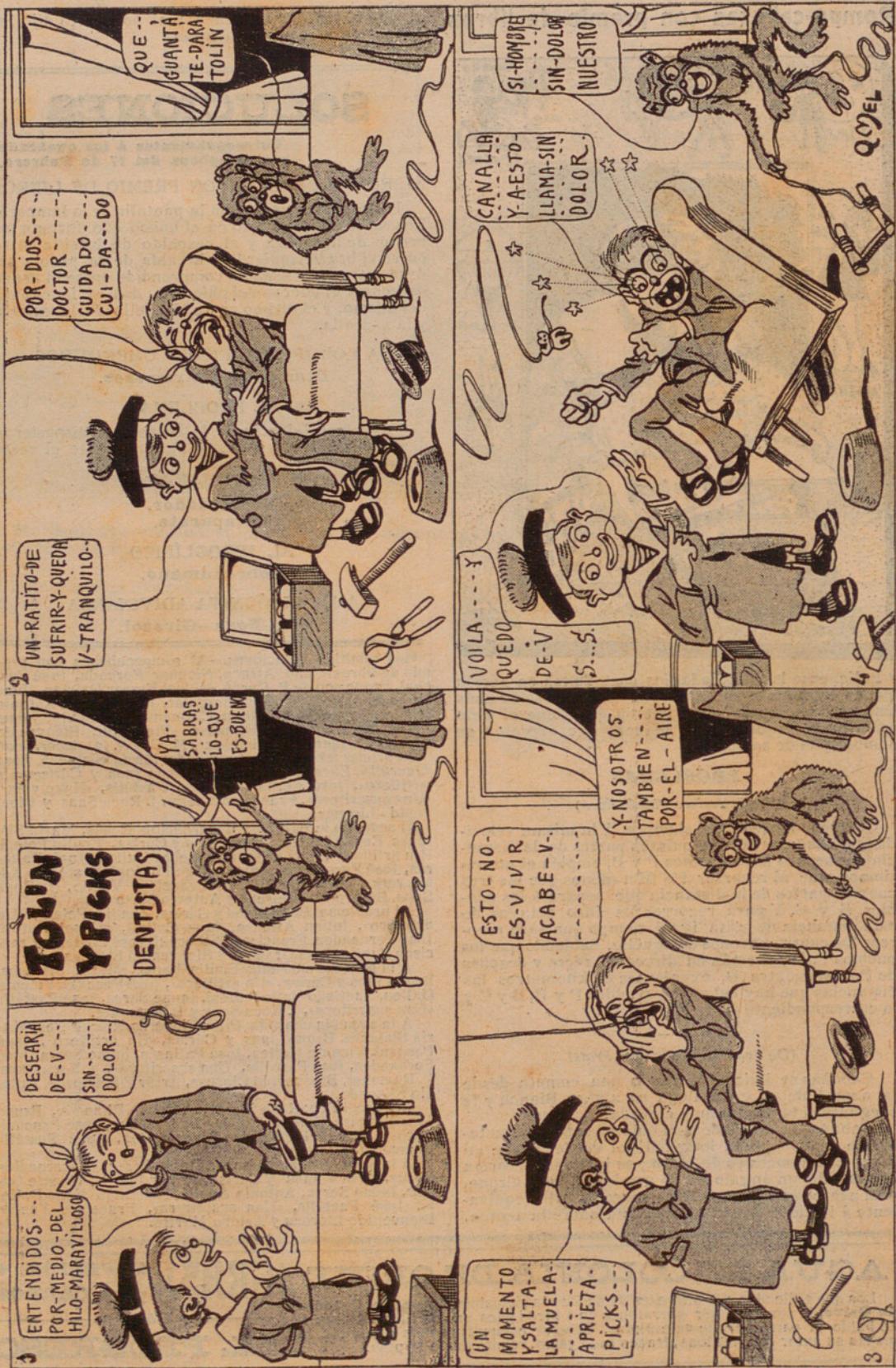
JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

(De Luisa Guarro Mas)

22 TT 22

(De Bruno Jansp y Cúrisa)

FIN



QV EL

3 Q